

Un Testimonio, una Dedicatoria

José Ricardo Morales.

Escritor y dramaturgo, José Ricardo Morales es profesor en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

Libre nació y en libertad me fundo.

Miguel de Cervantes.

En la antigua tragedia, tras la **catástrofe** o situación extrema de la obra, se suele producir el **éxodo**, designándose así el camino sin retorno que emprende el coro, ya en silencio, para concluir el drama. Catástrofe y éxodo quedaron, de ese modo, estrechamente vinculados entre sí, por el pensamiento griego, aunque siguen a tal punto vigentes en su posible conexión, que el muy grande poeta León Felipe —tan caudaloso en la obra, cuanto ancho y abierto en su amistoso trato cordial— dio a uno de sus libros el título de **Español del éxodo y del llanto**, refiriéndose a quienes padecemos la catástrofe o guerra provocada por Franco, Hitler y Mussolini, contra la floreciente República española. Porque al igual que ocurre en la tragedia, el desenlace del citado conflicto consistió en la aniquilación o en el destierro de quienes defendimos aquel régimen libre, arrojándonos a la nada más pavorosa y al abandono absoluto en los campos de concentración franceses, tras de cruzar la raya fronteriza.

Recuérdese, a propósito, que desde el Cid se sufren los destierros en España, habiéndolos padecido en carne propia algunos de sus hombres más preclaros: Lope de Vega, Tirso, Juan Luis Vives y Goya, entre los principales. No obstante, a consecuencia de la llamada guerra civil, la diáspora ocasionada entonces fue tan considerable que sólo pudo compararse, por su número, con la expulsión de los judíos y moriscos de la Península, aun-

que, cualitativamente considerado, el problema adquirió trazas más graves, puesto que jamás hubo en España una malversación o derroche de talentos de tanta entidad como la experimentada en esos días. Los seis volúmenes titulados **El exilio español de 1939**, con los estudios que encabezó Vicente Lloréns, Profesor Emérito de la Universidad de Princeton, dan fe sobrada del daño inferido al país por los denominados “nacionales”, dado que a las personas libres y pensantes no se les permitieron otras alternativas que la de enmudecer allí para siempre, quedándose aterradas o enterradas, si no emprendían el camino del éxodo, desterradas. Cabe afirmar que nunca, como entonces, se llevó a cabo con tanta eficacia la deplorable iniciativa del cortesano borbónico: “Lejos de nosotros la funesta manía de pensar”. El grito destemplado que profirió el general Millán Astray, ante el rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno: “¡Viva la muerte! ¡Muera la inteligencia!”, fue el digno colofón de esa política.

En cuanto a la inteligencia se refiere, y contra lo que suele suponerse, la noción de destierro no figuró tan sólo en nuestra lengua para significar la pérdida forzosa de la tierra, sino que en el vocablo se situó también una modalidad del pensamiento, dándole el sentido de “desterrar” determinada idea, que equivale a quitársela de encima o a prescindir de ella, aunque sin resolverla. Así se usó de antiguo, empleándola Cascales, durante el siglo XVII, con respecto al teatro. Después, en las postrimerías del XVIII, Goya recurre a ella, diciéndonos que la



intención de sus **Caprichos** es “desterrar vulgaridades perjudiciales”, para “perpetuar (...) el testimonio sólido de la verdad”. Por otra parte, con referencia al término ‘nada’, cabe afirmar que es una de las negaciones más enérgicas que haya producido lengua alguna, porque con ella no se niegan “las cosas” —como sucede en el inglés **no-thing** o en el alemán **nicht** (de **ni-wicht**, ‘ninguna cosa’) y aun en el francés **rien** (del latín **res**, ‘cosa’)—, sino que al emplearla se abomina de la vida misma y de su crecimiento, dado que **significa la oposición más absoluta a cuanto nace**, para transformar toda entidad nacida o nata en ‘nada’. No deja de parecer irónico que los autodenominados “nacionales” —incluyéndose en ellos los millares de moros, de portugueses, de alemanes nazis y de fascistas italianos que contribuyeron con las armas a sus cruzadas bélicas, supuestamente “espirituales”—, en vez de entender a “la nación” como el lugar de nacimiento y, sobre todo, según “lo nacido” por obra de sus hijos, la dedicaron a rancias honras fúnebres y a mortecinos ensueños imperiales. El Valle de los Caídos fue el monumento más significativo de un régimen convertido en una nada uniforme, de índole castrense, que negaba la vida y excluyó de sí mismo cuanto significara la diversidad en las ideas, impidiéndose con ello el ejercicio pleno del pensamiento.

Estos y otros motivos llevan a suponer qué ocasionó nuestro destierro de españoles libres, a la vez que permiten situar el tema que se me propone en estas páginas, concerniente a la si-

tuación del escritor desterrado en Chile. El cincuentenario de la arribada del **Winnipeg** a Valparaíso, el ya legendario barco francés en el que llegamos unos dos mil refugiados españoles al país, da muy buena ocasión para ocuparse del problema. Aun cuando puede suceder que quienes ahora recurren al llamado “criterio pragmático”, para justificar inmoralmemente cuanto les favorece, aduzcan ante el tema la frase consabida de “lo pasado, pasado”, así que no hay por qué ocuparse de ello. Que esté pasado, bien parece; sin embargo, no es esa una razón bastante para dejarlo olvidado, pues, las peores tragedias las padecen los pueblos por omitir o ignorar las situaciones catastróficas que anteriormente sufrieron.

Disolver lo que sea no significa resolverlo. Muy al contrario, cuando algunos problemas quedan desvanecidos en el olvido, es muy posible que rebroten, por no haberlos resuelto en la ocasión debida. Así que no me olvido al escribir estas líneas del hecho más primario que suponen, tal vez por ello el más significativo: que no estarían escritas si no fuera por la generosidad extrema de Chile, país que rescatándonos de la nada antedicha, dio aliento a nuestra vida y vida a nuestra obra, brindándonos, en la medida de sus posibilidades, los medios para poder ser el que somos. De ahí que para algunos de nosotros, entre los que me encuentro, vida y obra quedaron convertidas en una muy cordial dedicatoria, merecida con creces por la tierra adoptiva, que vino a ser así nuestra tierra adoptada.

Dedicarse al país, incluso con “dedicación exclusiva”, tal como ahora se dice en las universidades, fue nuestra voluntaria obligación primera, el deber hacia un pueblo al que tanto debíamos. Que muchos no asumieran esa obligación, es muy posible que así fuera. Que otros recurrieran al país para publicitarse a beneficio propio, también pudo ocurrir. Aunque algunos, en vez de pretender “el prestigio” a toda costa —pues sabemos que el sen-



GENTILEZA BIBLIOTECA NACIONAL

tido original del término es ‘engaño’— o de intentar llenarse descomedidamente las faltriqueras, según la socorrida idea de “hacerse la América”, tan sólo deseábamos contribuir a que esta América se hiciese, aportándole algunas posibilidades diferentes de las que poseía, debidas a nuestra formación originaria, e incluso, aunque parezca extraño, pertenecientes a nuestra condición de desterrados.

Así se explica el cúmulo de actividades emprendidas por varios de nosotros, movidos por el deseo de integrarnos en este nuevo mundo que nos acogía, tanto como por el propósito de servirle. Dado que el auténtico centro del hombre es su labor situante, sobre la que regresa con asiduidad como su último re-curso, el desterrado suele aspirar a incluirse en determinada comunidad a partir de su obra. Este proceso puede expresarse someramente con las nociones de **incorporarse** y **fundar**. Respecto de la situación aquí considerada, “incorporarse” implica la idea de “levantarse” o erguirse, tras la caída y postración debidas al destierro. Aun cuando dicha “incorporación” pueda representar, también, el hecho de incluirse en “el cuerpo” social que nos acoge, integrándose en

él y confundiéndonos con quienes nos rodean, haciéndonos así “uno” con los demás. Debido a ello, el desterrado suele efectuar determinada actividad fundadora, con la que manifiesta el deseo de pro-“fundizar” en la comunidad que le recibe, aunque no sólo sea para conocerla mejor, dado que al incluir en ella cuanto domina y lleva consigo, puede brindarle así su re-conocimiento. En tal sentido, no debe omitirse que la noción de “servir” está semánticamente vinculada con la de “ob-servar”, requiriéndose el conocimiento previo de aquello que corresponda, para poder prestarle el servicio debido.

A este respecto, y en cuanto me concierne, dan clara muestra de dicha actitud las diferentes actividades que emprendí en el país. Entre ellas, la fundación del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, en el que dirigí, entre otras, la primera obra estrenada, y al que llevé algunas piezas incluidas en el repertorio de **El Búho**, Teatro de la Universidad de Valencia, del que mi experiencia procedía. Añádase a esto la iniciación de los estudios de Paleografía y la publicación del primer volumen dedi-

cado a esta especialidad en el país, más la formación de institutos y cátedras de Teoría de Arquitectura, en las Universidades de Chile y Católica, de cuyos trabajos resultó mi libro **Arquitectónica**. Participé, además, en la fundación de la Escuela de Arte de la Universidad Católica, bajo la iniciativa de Sergio Larraín y en compañía de excelentes creadores que omito, aunque no ignoro. Por cierto que el excesivo afán de servir puede llevarnos al extremo de no servir para nada. Sin embargo, aun cuando todo exceso sea un defecto, doy por bien empleado el haberme excedido en esta actividad fundacional, efectuada incluso en detrimento de mi propia obra y aun a expensas de otros destinos universitarios muy significativos, ofrecidos por distintos países. Al fin y al cabo, un exilio es bastante en una vida, aparte de que el considerable discipulado que formé en esta tierra compensa largamente cualquier beneficio de otro orden.

En cuanto corresponde a la relación posible entre el destierro y el trabajo literario, cabe considerar en principio la condición del autor. A este respecto, estimo que conviene distinguir entre el escritor entendido "como" un desterrado y el escritor en el destierro. Con la primera posibilidad se supone que es, de por sí, un desterrado. Así lo delata el significativo autorretrato juvenil que fingió Albert Camus en **L'étranger**, tanto como la actitud asumida por Ortega en **El espectador**, puesto que el autor literario, en cuanto "extrañado" que es, se desprende siempre de la cotidianidad, para contemplarla a distancia, de modo que en su papel de "espectador" puede representarla y comprenderla plenamente. "El distanciamiento" que exigió Brecht a quien presencia una obra dramática, significó algo análogo, puesto que supone no "confundirse" emocionalmente con la obra —en el doble sentido de "perturbarse" o de "identificarse" con ella—, para poder abarcarla como un todo y comprenderla con absoluta lucidez.

De tal manera, la condición del escritor lleva consigo el desarraigo de cuanto le rodea, convirtiéndose, por profesión, en una especie de "desterrado", pues su conocimiento se debe a la capacidad de extrañarse que posee, con la que puede transmutar en algo sorprendente aquello que los demás omiten o desdennan por estimarlo corriente y trivial. Sin embargo, la situación es muy distinta cuando, en lugar de la extrañeza que requiere su oficio, experimenta el extrañamiento forzoso del destierro. En esa coyuntura, el idioma que emplea —entendiéndolo en su sentido original de **idios** o "particularidad"—, puede extrañar a quienes lo reciben, al igual que los temas y problemas expuestos con éste. Sin embargo, suele atenerse a ellos como un modo de volver a su origen, para recuperar la certeza perdida. Es muy probable que ésta fuese una de las razones primordiales que dieron determinado sesgo a la mayor empresa literaria intentada en Chile por los desterrados españoles: me refiero a la editorial Cruz del Sur, gran invención de Arturo Soria. Si en ella dirigí dos colecciones y José Ferrater Mora tuvo a su cargo otra, la publicación de textos propios, unidos a los de los clásicos de los Siglos de Oro y a los poetas actuales en el exilio, significó una buena manera de mantener vivo "lo nuestro". Y ello sin olvidarnos de los mejores autores chilenos y americanos, haciéndoles partícipes de aquel proceso de "incorporación" antes citado. Que Vicente Huidobro, Pablo Neruda, González Vera y Manuel Rojas aparecieran junto a Jorge Guillén, Pedro Salinas y Américo Castro en nuestras ediciones, da muy clara evidencia de que la más rigurosa política cultural española hacia América, en Chile como en México o en Argentina, la efectuamos entonces los exiliados.

Por último, con referencia a mi teatro y en relación con el destierro, cabe considerar que en su fase inicial se atiende a sus raíces españolas, tanto en mi primera obra representada en

Valencia —**Burlilla de don Berrendo**—, como en las estrenadas por Margarita Xirgu en diferentes países americanos —**El embustero en su enredo** (1941) y mi versión escénica de **La Celestina** (1949)—. No obstante, al escuchar el castellano "desde fuera", con el extrañamiento del destierro, acentué la tendencia de mis obras primeras a evidenciar los estereotipos del idioma, en su uso dialogado, incluyéndose en ello los sinsentidos pertenecientes al trato humano. De tal manera, este teatro se anticipó en varios años a la tendencia llamada "del absurdo", como sostuvo la crítica de distintos países. Nótese, además, que los dramaturgos más significativos de dicha orientación fueron también exiliados, voluntarios o no, como Ionesco, Beckett y Adamov. Pese a todo ello, la experiencia del destierro no inclinó mi teatro hacia el mundo del absurdo —entendiéndose éste como una acumulación de gratuidades, sin sentido aparente—, sino que **denunció**, más bien, **el absurdo del mundo**, asunto muy distinto. La treintena de obras que llevo publicadas o estrenadas, en su mayor parte se dedican a ello. Porque no cabe duda de que en nuestros días se potencia crecientemente lo absurdo; tampoco parece difícil aceptar que el hombre se encuentre, con frecuencia, perdido en el mundo que hace. De tal manera, quien experimentó el destierro en su sentido más severo, puede hacérselo sentir a quienes lo sufren sin saberlo, desarraigados por la técnica irracionalmente conducida, por los trastornos ecológicos que derivan de esto, por las autoridades carentes de autoría, por los abusos de o del poder y aun por el embelesamiento estupefaciente que producen los llamados medios de comunicación... ¿Para qué seguir? Si el destierro me ha dado alguna lucidez respecto a todo ello, no queda sino agradecerle la posibilidad que me brindó de ponerlo en escena.

